

den relación con el conjunto. El agregado de los primeros años del siglo XXI es sólo una exageración que nos tienta a entender la historia como un instrumento de mejoramiento político contingente, más ligado a un discurso político, que pareciera ajeno a su autor. Se puede entender esto pues gran parte del trabajo realizado su sustenta en una serie de escritos monográficos, no concebidos en orden y que eran parte de su monumental obra no terminada, anteriormente citada *Historia de Chile entre 1891 a 1973*. El escrito relativo al gobierno de militar de 1973 es de un trato desigual en comparación a otras etapas de la historia, pero que en parte debería complementarse con otro de sus grandes y ambiciosos trabajos: la *Biografía de Augusto Pinochet*.

Las críticas a Vial Correa se relacionan más a su posición política personal que a su trabajo. Por momentos se puede percibir un relato un tanto rapsódico y tenue, en otros nos sorprende y marca los tiempos con algún ácido comentario o un chiste, que nos remueve en su lectura. De todos modos, es una originalidad que destaca por sobre el resto y para nada quita mérito al infinito trabajo recopilatorio realizado y al intento de orquestar tamaño proyecto que abarca toda la historia temporal de nuestro país.

Recientemente, el último galardonado con el Premio Nacional de Historia de Chile, Bernardino Bravo Lira ha rendido un homenaje póstumo a Vial Correa, declarando no ser merecedor de tal distinción como si debió haberlo sido Vial. *Mayor renombre da la injusticia al justo que mejor lo hizo entre todos sin obtener recompensa alguna.*

MANUEL GUTIÉRREZ

**MOLINA, Eugenia, *El poder de la opinión pública. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de la Plata 1800-1852*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 2009.**

Eugenia Molina es investigadora del CONICET (Argentina), profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza) y autora de numerosos artículos que abarcan la histo-

ria social, la historia del derecho y la historia de las ideas. El libro que reseñamos es la tesis doctoral en historia defendida por la autora en la Universidad Nacional de La Plata.

La autora se plantea estudiar el proceso revolucionario y emancipatorio en el Río de la Plata empleando las categorías de espacio público y sociabilidad, que cristalizan en el concepto de opinión pública elaborado por Habermas y reelaborado en la aplicación histórica por Chartier para Francia y Guerra para Hispanoamérica, entre otros. Se trata de un enfoque novedoso aunque preñado de dificultades, porque obliga a centrarse en los modos (y los nodos) de articulación entre la política y las prácticas y representaciones que le dieron fundamento (en particular, el nuevo principio de legitimidad que aportaba la soberanía popular); y, en esta aplicación, descubrir el desencuentro de los proyectos ilustrados de reforma y la sociedad tradicional a la que se sometían.

El ambicioso plan forzó a la autora a recurrir a diversas fuentes editadas e inéditas, de archivos, publicaciones periódicas, memorias, disposiciones gubernamentales, procesos judiciales, etc., para así poder alcanzar una representación de lo que puede denominarse opinión pública en ese largo y conflictivo medio siglo rioplatense. Todo esto llevó a una exhaustiva investigación que trata de mostrar los ámbitos y los medios a través de los cuales se instala el discurso modernizador de las elites ilustradas en confrontación con las prácticas y los valores de la sociedad hispánica, apegada a normas religiosas y éticas de naturaleza comunitaria.

Quiérase o no, el libro constituye el documentado estudio de «un choque» entre el modo de ser y vivir de la sociedad tradicional y las ideas de la revolución liberal. En alguna medida me recuerda el extraordinario estudio de E. Fehrenbach sobre la recepción del código napoleónico en los estados de la Federación renana a comienzos del s. XIX (que publicara la editorial Alfa en 1980), porque en ambos casos se ve cómo las ideas modernas se enfrentan a la sociedad tradicional y acaban imponiéndose, más que por su peso ideológico, por el poder material de que disponía la ideología. Sólo que en el caso de Fehrenbach se analiza la introducción forzada de un código foráneo, y en el de Molina se estudia la implantación de un nuevo principio de legitimidad recurriendo a fuentes que develan la transformación de las formas de sociabilidad hispánicas.

El libro consta de dos partes. La primera reconstruye cómo la opinión pública se constituyó en actor social crítico y fuente de legitimidad en la sociedad posrevolucionaria. La autora constata de qué manera el concepto nuevo de opinión pública, politizado, convive con su sentido antiguo (esencialmente moral, la fama notoria, el nombre público) y éste va acomodándose a las novedades políticas. Avanza en un problema capital del período: la idea de publicidad y su azarosa práctica respecto de los gobiernos (la censura, la tolerancia, etc.) y, como colofón, la primigenia delimitación de «lo privado» tironeada entre las demandas ideológicas del debate público y la privatización de las normas morales.

Resalta Molina que uno de los problemas centrales fue la definición del sujeto de la opinión pública, que en la época no deja de estar sometido a vaivenes de todo tipo, que se instala teóricamente en la misma definición de pueblo y, como contrapartida, en la existencia de una elite ilustrada que fungía de rectora de la opinión popular o mayoritaria. Las páginas en las que estudia la cuestión (pp. 93 a 123) demuestran que la juventud educada mandaba en el mundo de las nuevas ideas y que esa elite debió enfrentarse a no pocos obstáculos cuando gobernó Rosas.

La parte segunda se ocupa de la opinión pública en sus dos formas o espacios de expresión por aquel entonces: la sociabilidad formal, que atiende a círculos, facciones, clubes, sociedades literarias, etc., como formadores de la opinión pública; y la sociabilidad informal, de la que manaba más difusamente una idea del imperio de la opinión pública, tales como las tertulias, las pulperías y los ámbitos de bebida y juego, el teatro, las modas, las costumbres, etc. Una sección especial dedica Molina a los avances y retrocesos respecto de la cultura escrita, particularmente los periódicos, no sólo porque ese medio siglo mostró políticas muy diferentes según los momentos y los gobiernos (o desgobiernos) sino además porque hubo una permanente disputa con los afanes de adoctrinamiento que tenía tanto la prensa particular como la oficial.

Las conclusiones, escritas en lenguaje académico, no impiden a la autora resaltar los claroscuros de esos años, especialmente el papel predominante de los gobiernos por hacer avanzar la idea de una opinión pública según sus intereses (contribución económica o de sangre para continuar las luchas, ora contra España, ora intestinas) en pugna con

las costumbres morales y comunitarias de una sociedad todavía cristiana, reacia a los liberales proyectos de publicidad.

Molina cree, al final de su recorrido, que en esos cincuenta años se fue formando un concepto peculiar de opinión pública sostenido en el principio de la soberanía del pueblo. Sin embargo, este proceso tiene poco de liberal y de republicano. En efecto, concluye la autora: «Este esfuerzo aplicado sobre sociedades en las que se hallaban vigentes prácticas y representaciones alejadas de toda consideración individualista y contractual, generó densas mixturas que conforman los rasgos propios de la cultura política del período, resultado de la sistematización de tendencias disciplinadoras planteadas desde los finales de la dominación española cubiertas luego con formato republicano, pero producto también del respeto por valores y hábitos más antiguos utilizados para obtener el poder cuando fue necesario.» (p. 257)

En síntesis, un libro excelente por la meticulosa investigación y el desapasionado juicio de la historiadora. Resta decir, ya de mi cuenta, que la autora ha sabido advertir la imposibilidad de trasponer sin condicionamientos estudios doctrinarios europeos (como el de Habermas) a contextos históricos completamente diferentes a aquellos en que se elaboraron. Así, no puede darse cuenta de una opinión pública al estilo de la ilustrada, sino de una tendencia liberal republicana que se enfrentaba (y acababa acomodándose) a antiguos y permanentes criterios de la moral cristiano-hispana. No es lo mismo la Europa protestante que tiene en mente Habermas que la América católica que formaba parte de las Españas.

Tal vez por eso, la imposición de la ideología liberal republicana costó aquí sangre, sudor y lágrimas, ocho décadas de mucha sangre, de hediondo sudor y de copiosas lágrimas. Y porque ese fondo moral cristiano-hispano tardó casi otras ocho décadas en adormecerse, pueda quizá explicarse la inviabilidad del proyecto liberal republicano, que necesita sostenerse, aún en estos días, de aquello que señala Molina al final: políticas de masivo disciplinamiento que redundan siempre en provecho del poder.

JUAN FERNANDO SEGOVIA